

TERCERA PARTE

El Hombre de Dios

CAPÍTULO PRIMERO

EL RELIGIOSO

1.—*Roma y Oñate.—La abdicación y la primera misa*

La caravana, que partió de Gandía el 31 de Agosto de 1550, atravesó á España y Francia y llegó á Bolonia el 20 de Octubre. El hijo de Lucrecia Borgia, Hércules II, duque de Ferrara, expidió un correo á la frontera de Italia, para invitar á su sobrino á que fuera á su corte. Borja no pudo sustraerse á esta recepción, que iba á ponerle en presencia de uno de los adeptos más conspicuos del libre examen, Renata de Francia, mujer de Hércules, protectora declarada de Marot y de Calvino. Sería curioso conocer la impresión recíproca que se produjeron ambos personajes, de espíritu tan opuesto, y poderosos personificadores, el uno del fervor de la reacción católica, el otro el decaimiento de las conciencias cristianas.

El 23 de Octubre, á tres millas de Roma, algunos hidalgos españoles é italianos aguar-

daban al duque de Gandía. El príncipe Colonna, el embajador de España y los enviados del Papa, de los cardenales, del patriciado, le recibieron fuera de la ciudad. Julio III rogó al duque que se alojase en el Vaticano, y algunos cardenales y príncipes le ofrecieron también sus palacios; mas él, con gran admiración de todos, se dirigió á *Santa María della Strada*, casa profesa de los jesuitas.

Rodeado de su comunidad, acogió San Ignacio á su huésped en la puerta de su casa. El P. Andrés de Freux, humanista distinguido, saludó á Borja en versos latinos. Despidió luego el duque su noble comitiva; quedó solo con los Padres; se arrojó á los pies de San Ignacio, y á pesar de las resistencias del Santo, que también se había arrodillado, tomó su mano y la besó. Ignacio, por fin, levantó al duque, y ambos se abrazaron.

El 28 de Octubre fué recibido Borja con gran aparato por Julio III, quien quiso retenerle todavía en el Vaticano, y se ofreció á concederle cuantas gracias deseara. El duque devolvió en seguida su visita á los cardenales y á los príncipes, y luego ganó devotamente las indulgencias del jubileo.

Conversaba cada día con San Ignacio, y no ocultaba la admiración que el Santo le causaba. «Hasta aquí—decía,—he considerado á Fabro como un gigante y á mí como un niño; pero al lado de Ignacio, el mismo Fabro no es más que un niño.» Ambos santos se comunicaron largamente sus proyectos. En algunos meses acabó Ignacio de infundir su espíritu en

el que un día debía reemplazarle y ser para la Compañía su segundo fundador.

Pronto en concebir y en ejecutar atrevidos planes, empezó la fundación del Colegio Romano. Remitió á San Ignacio cerca de cinco mil ducados, destinados á atender á los primeros gastos, y prometió obtener otros auxilios del emperador y del papa. Dos semanas después de la partida del duque de Gandía, abrió el Colegio sus clases, en una casa alquilada, que seis meses más tarde, se consideró demasiado estrecha. Este Colegio vivió largo tiempo una vida precaria, pero en España, y á pesar de la más formidable oposición, Borja, que comprendía su utilidad, fué su generoso protector. El Colegio Romano, fundación de Borja, hubiera debido llevar su nombre. San Ignacio lo quería, el duque no consintió, pero el nombre de Gregorio XIII, aplicado después con justicia á la Universidad romana, no debe olvidar al que fué su verdadero fundador.

Ayudado por uno de sus amigos, el obispo de Schillace, Borja emprendió también la reconstrucción de la iglesia de la Strada. La primera piedra del nuevo edificio fué bendecida en su presencia. Esta construcción no avanzó mucho, en verdad. Quince años más tarde quedó reservada al cardenal Farnesio la construcción de la iglesia de Gesù. Entonces, Borja nombrado general, secundó poderosamente los proyectos de Francisco.

La vocación del duque de Gandía era un secreto, tanto que, en la misma comunidad, pocos Padres la conocían. San Ignacio no la re-

velaba más que á contados amigos. El 15 de Diciembre de 1550, escribía al cardenal de Lorena: «Paréceme que V. S. Rma. ha de alegrarse de lo que voy á decirle: hace unos meses que ha llegado á Roma el duque de Gandía. Es un gran señor español, de grandísima doctrina y prudencia, y de mayor bondad aún. Deseoso de servir mejor á N. S. J. ha cedido su Estado á su hijo, y con un acompañamiento de veinte á veinticinco personas solamente, ha venido á Roma. Aunque disimula su designio, no debo ocultar á V. S. Rma. que él y su segundo hijo ⁽¹⁾ vienen para entrar en la Compañía».

Borja edificaba más todavía á sus huéspedes con su humildad que con su magnificencia. «Su porte ⁽²⁾ no denotaba á un duque de Gandía, pues no sólo era modesto, sino humilde. Por razón de su viudez, llevaba una larga túnica y un bonete muy semejante al de los sacerdotes. Se ignoran sus íntimos propósitos, pero *ex abundantia cordis* hacía cosas que los delataban. Así, una de estas noches, comía nuestro Padre en su aposento con algunos Padres; presentóse su Excelencia con su hijo y algunos caballeros, y provistos de delantales blancos, con la cabeza descubierta sirvieron la comida... Terminada ésta, quiso el duque ir á la cocina á fregar los platos, pero nuestro Padre, que adivinó su intento, ordenó al Minis-

(1) Juan siguió al duque su padre á Oñate, y luego marchó á estudiar á Alcalá. Tan pronto como se alejó de su padre, perdió su veleidosa vocación, y en 1552 se casó con Lorenza de Oñaz, sobrina de Ignacio y heredera de Loyola.

(2) *Crónica* de Polauco.

tro de la casa que permaneciese en el corredor con otros Padres y que cerrase el paso al duque, con lo cual vióse éste obligado á entrar en el aposento del Padre San Ignacio en donde le sirvió la comida.

»Con su conversación, y sobre todo con su ejemplo, causa el duque en los extraños la mayor edificación, tanto que, además de su hijo, ha logrado que otros caballeros abracen la vida religiosa. Primicias son estas del bien, más universal y más grande, que nuestro Señor obrará, así lo esperamos, por medio de un instrumento tan lleno de sus dones.

»El duque obtuvo del Padre San Ignacio permiso para comer con la comunidad, pero en la pequeña mesa de penitencia. Su hijo y algunos caballeros sentábanse con él.

»El duque se complace en este acto de humildad, porque, precedentemente, el Padre Ignacio le había invitado al refectorio y le había reservado el primer puesto. El día de la Purificación, dos horas antes de su partida, ofreció el duque una comida á toda la comunidad, y él y su hijo la sirvieron con la cabeza descubierta. Estos últimos días quería fregar los platos en la cocina, y habiendo roto su hijo Juan, en esta ocasión, una escudilla, confesó en público su culpa. Al partir rogó el duque al Padre Ignacio que le bendijera, y luego abrazó uno por uno con gran caridad á todos los Padres. Nevaba, y el frío hacía mucho daño al duque, acostumbrado á su clima templado. A pesar de ello, tuvo que ordenarle Ignacio que se pusiera guantes.»

*
* *

Borja deseaba hacer una peregrinación á Jerusalén, pero San Ignacio le disuadió de ello, y el 21 de Febrero de 1551 partió de Roma escoltado por treinta caballeros. La mayor parte de los Padres que le acompañaron á Italia volvieron con él á España. Pasó á dos leguas de Barcelona, sin querer entrar en la ciudad; evitó igualmente entrar en Pedrola y Zaragoza, en donde hubiera encontrado á su hermana, la condesa de Ribagorza, y á su tío el arzobispo don Fernando. El 4 de Abril, se hallaba en Azcoitia.

Todas las localidades por donde pasó el duque rivalizaron en el buen recibimiento que le dispensaron. Manifestó que semejante oficiosidad le disgustaba, y ni siquiera podía sufrir que algunos caballeros salieran á recibirle. Cuando Borja llegó á Oñate, una brillante cabalgata le esperaba. Por más que quiso evitarlo, las calles se llenaron de una muchedumbre gozosa, que imitaba—dice un testigo—á la que, en el domingo de Ramos, cantaba: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» Después, cada vez que el duque iba á oír misa desde Oñate á Vergara, casi todos los habitantes le escoltaban.

Hacia mucho tiempo que Borja tenía resuelto fijar su retiro religioso en Guipúzcoa. Vergara contaba con retenerlo, pero deseando vivir en una ermita alejada, escogió la de Santa Magdalena, situada á una milla de Oñate.

El duque escribió, desde Roma, á Carlos V, entonces en Augsburgo, para noticiarle su resolución de abrazar la vida religiosa y pedirle permiso para transferir á Carlos de Borja el ducado de Gandía. En espera de la respuesta imperial, el duque de Gandía y el P. Aráoz se entregaron á tan edificantes, aunque excesivas penitencias, que Juan de Borja, espantado, hubo de denunciarlas á San Ignacio. El consentimiento de Carlos V llegó á Oñate en el mes de Mayo. En el mismo momento, el duque de Gandía hizo llamar á un notario, y ante testigos renunció oficialmente á sus Estados, títulos y bienes, distribuyó sus vestidos y sus joyas entre sus criados, se hizo cortar los cabellos y la barba, y queriendo recibir de limosna sus hábitos de religioso, los pidió á los Padres que le rodeaban.

En ausencia del obispo de Calahorra, entonces en Trento, rogó Borja al obispo auxiliar, Gaona, que fuera á ordenarle, y gracias á las dispensas de que estaba provisto, recibió todas las órdenes sagradas en cuatro días: las menores el miércoles después de Pentecostés y las mayores durante los días siguientes. El sábado, 23 de Mayo, se ordenó de sacerdote en la misma casa que habitaba.

«Este bendito sacerdote—escribía Aráoz el 2 de Junio,—desde que ha sido ordenado y ha renunciado á su Estado, está tan alegre y contento, que hemos de alabar al Señor de ello... Empezará á predicar, sin duda, el día de San Pedro... Su misa ha sido diferida por causa de una indulgencia que se le quiere enviar

de Roma... Ha ordenado expresamente á don Juan que no le llame ya ni *señor* ni *duque*. Quiere que se le llame *Francisco* y sin *don*. Don Juan obedece y le dice: *Vuestra Reverencia.*» Seis meses después, escribía Aráoz: «El P. Francisco ya no firma *Francisco pecador*, sino solamente *Francisco*. Añadir *Borja* le mortificaría; de tal modo aborrece al hombre viejo. Sin embargo, N. S. le da cada día tal libertad, que no haría gran caso de esto.» Francisco dió su primera absolución á un desgraciado, apuñalado en plena iglesia; predicó su primer sermón el 29 de Junio, en la iglesia de San Pedro de Vergara, y el 22 de Julio habló de nuevo en la ermita; llegaban de Oñate desde las dos de la mañana para coger sitio.

A fines de Julio estaban en Oñate las cartas que llevaban á Francisco el favor de un jubileo por la primera misa que celebrara en público. Como hubiese de dilatarse esta ceremonia, quiso Francisco decir su primera misa privada en el oratorio del castillo de Loyola lo más tarde el 1.º de Agosto de 1551. Su hijo Juan se la ayudó. Entonces tuvieron lugar, sin duda, los dos hechos siguientes referidos, en el proceso de canonización, por una de las hijas y la viuda de Juan de Borja.

«Hallándose en Loyola, en la habitación en que, el P. Ignacio herido, tenía la costumbre de encontrarse, el P. Francisco fué tentado de vanagloria por el demonio, el cual le dijo que el trono del cielo, perdido por el orgullo de Satán, le estaba reservado. A lo cual el Padre Francisco respondió humildemente que no

merecía tal honor, siendo un gran pecador, peor que el demonio.»

«Cierta día que oraba en Loyola, llamó el Padre Francisco á su hijo Juan, y le dijo: «Don Juan, vuestra madre ha estado aquí conmigo, y me ha encargado deciros que teníais su bendición. Inmediatamente voló al cielo.» Después inclinó el Padre su cabeza sobre el lecho junto al cual se hallaba arrodillado, y que tan mojado estaba de lágrimas, que se le hubiera creído copiosamente regado.»

2. *El Apóstol de Guipúzcoa*

San Ignacio tenía demasiado tacto para no rodear al P. Francisco de Borja de consideraciones excepcionales. Es necesario, pensaba el Santo, dejar que sólo Dios dirija á Francisco, lo cual sucedería seguramente si éste era fiel á su vocación. Le exceptuó, pues, de la autoridad del provincial de España, y de toda superior inmediata, y le dejó en libertad para ir á donde quisiera. Francisco quedó muy conmovido de estas atenciones, y el día de su primera misa abrió la serie de aquellas poderosas predicaciones que debían renovar tantas ciudades. Predicó en Azpeitia, San Sebastián, Villafraña, Rentería, Hernani y Tolosa, volviendo el 12 de Agosto de esta primera expedición.

El 8 de Septiembre, establecióse Francisco, en compañía de un Padre y tres Hermanos, en su ermita de Oñate. El 14 de Septiembre, lleváronse á la ermita varias reliquias proce-

dentes de Roma, y como en esta ocasión se hubiesen concedido indulgencias, acudieron las gentes á millares. «En algunos pueblos—dice un testigo—no quedó ni un niño. El Padre oyó muchas confesiones. Celebra ordinariamente cada día.»

En su ermita se daba largamente Francisco á la oración, á la penitencia y á la composición de opúsculos piadosos. El viernes servía á los pobres en el hospital, pero en toda España no se hablaba de otra cosa que de su cambio de vida, y Oñate fué objeto de incesantes peregrinaciones, «hasta el punto—decía Francisco—de que mi ermita se transforma en corte.»

Por lo demás, no se encerraba en ella. Jamás santidad alguna fué más apostólica que la suya y más pródiga de sí. A últimos de Octubre, Francisco, á ruegos del virrey de Navarra, dirigióse á Pamplona con dos compañeros, y dió en esta ciudad una verdadera misión. Su elocuencia, compuesta más bien de radiante santidad que de estudiadas preparaciones, conmovió profundamente. Borja hablaba muy bien, pero, predicador novicio, carecía todavía de fuego y movimiento. Dos años después, predicando en Burgos y Calahorra, revelóse el orador. «Parece—escribían entonces—haber recibido el don de la predicación. Ha adquirido la acción y la patética que le faltaban, y su doctrina obtiene así más fruto. Dios ha añadido esta fuerza á la de su ejemplo, á fin de que nada le falte... Ha progresado mucho desde el año pasado. Algunas veces por humildad no se atreve á predicar. El otro día, al descen-

der del púlpito, preguntó si no sería mejor que no predicara, porque ocupaba el puesto de los que lo harían mejor. Habla hoy con mucha facilidad y sin gran preparación, y conmueve más con un solo discurso que los más famosos predicadores con numerosos sermones. El pueblo ve con admiración á un duque pobre y predicador.»

Á su vuelta de Pamplona, el P. Francisco anunció para el 15 de Noviembre su primera misa en público. La víspera quedóse á dormir en el hospital de Vergara. Reuniéronse en esta ciudad más de diez mil hombres. El 15 dió Francisco la comunión á cuatrocientos individuos en la iglesia de San Pedro, después, hallando demasiado estrecho el edificio, dirigióse en procesión á la ermita de Santa Ana de Recalde. Francisco predicó y dijo la misa al aire libre. Los árboles y las pendientes se hallaban repletos de hombres y niños. Terminada la misa, volvióse en procesión á Vergara, en donde Francisco dió la comunión á más de mil doscientas personas, volviendo al hospital á las dos de la tarde... El viernes siguiente, empezó á pedir limosna por las calles de Oñate. Algunos quedaban estupefactos ante este espectáculo, otros consolados, todos conmovidos. Borja renovaba á menudo este acto de humildad y las buenas gentes le abrumaban con tantas provisiones que no las podía llevar.

Hacia fines de Noviembre llegaron á Oñate D. Carlos, nuevo duque de Gandía, y su hermano D. Alvaro, acompañados de sus dos tíos,

Felipe de Borja y el conde de Ribagorza. El 26 de Noviembre les dió la comunión, les hizo una ferviente exhortación y, al despedirlos, les rogó que no le volvieran á molestar.

Hacía seis meses que el P. Francisco se hallaba en Oñate, y ya Guipúzcoa le llamaba su apóstol. Se agradecía á San Ignacio haber enviado por aquellas montañas semejante «porta-luz» y «excitador de almas,» que apagaba todas las querellas y lograba cuanto se proponía en servicio de Dios. «No hay aquí nadie, decíase, grande ó pequeño, que no obedezca al Padre Francisco. Vergara está tan reformada, que la gente de esta villa predica á sus vecinos; los que ignoraban la vida cristiana la han aprendido; muchos sacerdotes se reforman, y toda la población pide de rodillas que San Francisco vaya á vivir á ella».

Tan pronto como sus hijos y parientes hubieron partido de Oñate, organizó á sus compañeros en grupos, que cada domingo enviaba á predicar y confesar por los caseríos vecinos. El mismo se puso en campaña. Cada domingo de Adviento se le veía en una villa diferente. Sin duda que hubiera preferido pasar las fiestas de Navidad en su ermita, pero le llamó Vergara y sacrificó por la caridad su deseo de recogimiento.

Entre dos expediciones daba Francisco una vuelta por Oñate. Esperábanle allí sacerdotes y laicos, á los cuales daba ejercicios espirituales, y muchos querían en seguida participar de su género de vida.

El 12 de Febrero de 1552, partía Borja pa-

ra Vitoria, y aunque se opuso á toda solemne recepción, salieron, sin embargo, los notables á esperarle en las afueras de la ciudad. Quería hospedarse en el hospital, pero le persuadieron que se alojara en los franciscanos. A la mañana siguiente, domingo de Septuagésima, cesaron en todas las iglesias las misas á las nueve, y por pregonero público se anunció el sermón del P. Francisco. Al siguiente día pronunció otro en San Vicente. Todos los monasterios solicitaron de él un discurso, que á ninguno negó, y apenas entraba en el convento cuando se veía asaltado de visitas. Se hacía todo de todos con su bondad ordinaria, aceptaba hablar sin preparación, y tanto por sus discursos como por sus pláticas y su aspecto, transformaba las almas.

Desde Vitoria se dirigió á Bilbao, en donde tomó alojamiento en el hospital de los pobres. Como en Vitoria, se anunciaron sus sermones por medio de pregón público, y el domingo de Sexagésima encontró un auditorio tan compacto, que apenas podía subir al púlpito. Por donde quiera que pasaba este hombre, se reanimaba el fervor y se calmaban las enemistades. Las villas—dice un testigo—le reciben «como un cuerpo santo.»

El domingo de Quincuagésima, de vuelta en Vergara, se preparaba Francisco para comentar cada semana el *Miserere*, cuando una carta de San Ignacio le invitó á partir para Lisboa.

La Compañía de Jesús pasaba en Portugal por pruebas delicadas. El P. Simón Rodríguez,

primer provincial, prestaba inmensos servicios á la fe y á su Orden. Pero el exceso de favor perjudica á las almas más templadas, y Rodríguez había gozado, en demasía quizás, del favor real. Era preciso alejarlo de Lisboa, y San Ignacio contaba con el tacto de Borja para que Juan III admitiera este cambio necesario.

Francisco partió con diligencia tanto más meritoria cuanto el recuerdo de hostilidades todavía recientes hacía muy penoso para el antiguo duque de Gandía el encuentro con los soberanos portugueses. No pudo ocultar su presencia ni en Burgos, ni en Valladolid, ni en Tordesillas; cada uno de sus viajes se cambiará, desde ahora, en perpetua misión.

La princesa Juana, hija de Carlos V y prometida del príncipe heredero de Portugal, llamó á Francisco y le retuvo toda la Semana Santa en Toro. Desde esta primera entrevista, conquistó el religioso una influencia definitiva sobre la infanta.

El Sábado Santo partió Francisco para Salamanca, en donde permaneció hasta el 29 de Abril. Su trato, más angélico que humano, su humildad, su dulzura sonriente le atraían todos los corazones. El obispo, el cabildo y la Universidad, acudían á sus sermones, que constituían el suceso del día. Admiraba sobre todo que pudiera resistir fatigas tan continuas. Preparábase, en fin, á continuar su viaje, cuando cartas que recibió de Lisboa le dijeron que su presencia era allí casi temida. Los que se hubieran aprovechado más de ella parecían mirarla con desconfianza. El P. Francisco

era demasiado humilde para considerarse necesario; volvió sobre sus pasos. Por lo demás, el viaje interrumpido no fué inútil, pues el ejemplo y palabra de Borja conmovió y estremeció á muchas almas. Vió en Salamanca á D. Antonio de Córdoba, joven estudiante, á quien en el próximo consistorio quería el Papa crear cardenal. Antonio no sabía si debía aceptar esta dignidad ó abrazar la vida religiosa. Había escrito á San Ignacio, pero su entrevista con Francisco puso término á sus vacilaciones. Sin esperar la respuesta, rehusó Antonio el cardenalato, y partió para Oñate. Francisco unióse á él, y terminó, en su querida ermita, el año de 1552.

3. *El viaje á Portugal.—El Cardenalato*

San Ignacio deploraba que se hubiese detenido por entonces á Borja en el camino de Portugal, y todos los que querían el bien de la Compañía en aquel reino, ansiaban la llegada del ángel pacificador. El mismo rey le apremiaba para que llegase. Después de haber evangelizado á Castilla durante ocho meses, el 23 de Agosto de 1543 llegaba Francisco á Coimbra, y el 31 estaba en Lisboa. En el mismo instante, el rey, la reina y los infantes despacharon oficiales para que les llevaran noticias suyas.

Francisco fué llamado á palacio el 3 de Septiembre. A su vista, se levantan los reyes van hacia él, y contra toda costumbre, se descubre el rey. Francisco rehusa el asiento

que se le designa y permanece de rodillas durante toda la audiencia. Era un poco sordo—decía,—por lo que de rodillas oiría mejor á la reina. Era imposible que en aquel momento el recuerdo de sus antiguas injusticias no estuviera presente en la memoria de los soberanos. ¡He aquí, pues, al mayordomo tan obstinadamente rechazado! Qué error tan grande el cometido, pero ¡cómo se aprovechaba Dios de él! Entonces ya no existía el grande de España, ni el hombre á quien contristaron. Ahora tenían en su presencia un santo, más grande que ellos. Estaba arrodillado. «No puedo sufrir—exclamó Juan III—veros de esta manera.» Y mandó conducir á Francisco á casa de su nuera, de la princesa Juana, de sus hermanas las infantas y de su hermano el infante don Luis.

La reina, la princesa y las infantas le enviaban todos los días, cada una de por sí, una comida bien preparada al P. Francisco, el cual no hacía honor más que á dos platos de la mesa común. El primer médico de la Corte recibió la orden de visitarle, y los tapiceros del palacio, la de fijar cortinas en su cama. Una noche supo la reina que el Padre se había hecho daño en la frente al tropezar contra una puerta. En seguida envióle su médico y un gorro de lino. «En fin—escribía maravillado el compañero del Padre,—Sus Altezas le tratan como si fuera su propio hijo».

Tales favores son debilitantes, y los espíritus más firmes se dejan conquistar por su sutil encanto. También Francisco ordenaba á San Ignacio que rogara «para que no conser-

vase nada del polvo de Egipto.» Ningún honor alteraba, por lo demás, su invencible humildad; no iba á palacio más que cuando le invitaban, y á pie, y cuando el rey le buscaba, casi siempre se le encontraba por las cocinas, hablando á los últimos criados.

Francisco encontró en Lisboa á la princesa Juana de Castilla, casada con el príncipe heredero, la cual vivía muy á disgusto en Portugal. La princesa se animó mucho al ver al Santo, quien el año anterior, en Toro, le había curado de la pasión del juego. Ella exigió, en recompensación, que le compusiera un *juego de virtudes*; Francisco cedió á este capricho, y su juego se puso de moda en la Corte.

Pero en lo que menos se ocupaba el Apóstol era en componer juegos inocentes; á todas las almas y en todos los auditorios predicada las virtudes sólidas. Simón Rodríguez abandonó, por fin, á Portugal y después de su partida, el P. Nadal fué á promulgar en aquel reino las Constituciones de la Orden nuevamente terminadas. Con su discreta influencia y su ejemplo, facilitó Borja la obra de Nadal y reparó la de Rodríguez.

El primer domingo de Octubre, inauguróse en presencia del rey la nueva iglesia de la casa profesa de Lisboa. En aquella ocasión, tres profesos, dos coadjutores espirituales y dos novicios pronunciaron sus votos, y dos postulantes pidieron, y se les concedió, el hábito de la Compañía. Uno de los profesos era el futuro mártir de Monomatapa, Gonzalo de Silveyra; y uno de los coadjutores, el gran após-

tol del Brasil, Francisco Vieyra. Borja explicó elocuentemente el Instituto de la Compañía, y con esta apología disipó las infundadas prevenciones que todavía quedaban en Lisboa.

Nadal escribía dos meses después; «La bondad, la humildad, la edificación y la eficacia, en cualquier asunto espiritual de este buen P. Francisco, es una bendición. Me ha ayudado más allá de toda expresión. Realmente, el Señor ha obrado, por medio de él, todo el bien que aquí se ha hecho, á mi presencia, y se ha obrado en seguida, á causa del gran respeto y de la veneración que inspira á Sus Altezas.»

El 3 de Octubre partió Francisco para Evora colmado de bendiciones. El 18 llegó á Córdoba, en donde generosos bienhechores fundaban un colegio de la Compañía. Se tomó posesión del colegio el 25 de Noviembre, y Francisco fué el primero en empezar á explicar el catecismo á los niños y en enseñarles la gramática.

Proyectaba pasar el invierno en Andalucía, marchar después, obedeciendo á San Ignacio, á visitar á su hermana en Zaragoza, y no volver á Oñate hasta el verano siguiente. Pero el 2 de Enero de 1554, estallaba en Valencia, entre sus hermanos y algunas familias rivales, una sangrienta enemistad que iba á cerrarle el reino de Aragón y atraerle formidables enemistades.

El 27 de Febrero, un hijo del duque de Segorbe, virrey de Valencia, era muerto de un tiro de arcabuz. Esta muerte era una venganza

de los Borja, irritados porque uno de sus criados había sido ahorcado, en castigo de un asesinato anterior. Siguiéronse luchas, que dividieron la nobleza valenciana y desterraron del reino á los Borja. Diego y Felipe de Borja, comprometidos en la muerte del 27 de Febrero, fueron perdonados después de ocho años, gracias sin duda al crédito de que gozaba entonces su hermano mayor, Francisco. Tardía, pero terrible, la justicia real alcanzará después á Diego.

Francisco sufrió las consecuencias de estos sucesos. En 1554, al dirigirse á Castilla, encontróse cierto día con dos caballeros enmascarados, los cuales le suplicaron que no caminara sin defensa, á riesgo de ser alcanzado por los numerosos enemigos de los Borja. Francisco les dió las gracias, pero declaró que, no habiendo hecho mal á nadie, no temía sino á Dios, y nunca se defendería. Contaba con que los enemigos de su casa eran, á pesar de todo, caballeros y cristianos, y que no se deshonrarían asesinando á un religioso desarmado.

*
* *

Otro peligro amenazaba también, en esta época á Francisco de Borja. El 30 de Marzo de 1552, le propuso Carlos V para la púrpura. Julio III acogió con gozo la demanda del emperador, y encargó á su Nuncio en España, el cardenal Juan Poggio, que enterara de sus designios á Borja. Una dignidad no podía seducir á Borja, pero, á despecho de sus repugnancias,

parece que su conciencia escrupulosa experimentaba cierta inquietud por el temor de desobedecer un deseo del Papa. El mismo San Ignacio se había preguntado si convenía oponerse á este deseo, y sólo después de tres días de vacilación y oraciones, resolvió resistir á él. El Santo Fundador pudo entonces apartar el sombrero de la cabeza de Borja, pero dos años después, á ruegos de Carlos V y del príncipe Felipe, volvió Julio III á su idea, y pronto corrió por España y Roma la noticia de que Francisco aceptaba el cardenalato. Parece ser que su conciencia se hallaba todavía indecisa entre la repugnancia por los honores y el temor de desobedecer á la voluntad del Papa. De las conmovedoras súplicas que le fueron dirigidas para que no aceptase el capelo, parece deducirse que no se creía con derecho de rehusarlo. También esta vez le sacó de dudas San Ignacio. A los votos substanciales y solemnes de religión, los profesos de la Compañía añaden los votos simples, por los cuales se comprometen á no aceptar dignidades eclesiásticas más que por orden formal del Papa. En 1545 no había pronunciado Borja todavía estos votos, pero San Ignacio le ordenó que lo hiciera, y el 22 de Agosto de 1554 transmitió Francisco la fórmula escrita de aquéllos, y rogó en seguida al príncipe Felipe, entonces rey de Inglaterra, que no volviera á renovar sus instancias.

Desde entonces las amenazas del cardenalato, á menudo repetidas, casi no le turbaron. Sabía que únicamente una orden del Papa podía obligarle. Pío IV y Pío V le amaban de-

masiado, para imponerle una dignidad que le hubiera desolado. Gregorio XIII parecía decidido, en 1572, á vencer todas las resistencias; pero la muerte libró entonces á Francisco.
